

---

# CARTA GLOBAL

L A T I N O A M E R I C A N A

---

Estudios en Globalización, Desarrollo y Sociedad Civil en América Latina

---

Julio de 2003, Nº 4

## ¿ES POSIBLE EL DESARROLLO SOSTENIBLE EN EL ORDEN INTERNACIONAL EMERGENTE?

**H.C.F. Mansilla**

Investigador boliviano, doctor en ciencias políticas y filosofía por la Universidad Libre de Berlín. Profesor en diversas universidades de América Latina y Europa; autor de numerosos estudios sobre desarrollo sostenible y política, entre ellos una temprana crítica al desarrollismo publicada en Venezuela en 1978.  
Correo-e: hcf\_mansilla@yahoo.com

El presente artículo está basada en la presentación ofrecida en la mesa redonda sobre globalización realizada en La Paz (Bolivia), el 1 de abril 2003, convocada por D3E, ECOS, Lidema, Academia de Ciencias de Bolivia, Claes, ICIB y Mudes.

Comenzaré por las conclusiones. A comienzos del siglo XXI se puede aseverar que el desarrollo sostenible en el orden internacional contemporáneo es improbable. Y ello por varios motivos. En el llamado Tercer Mundo una modernización acelerada y profunda es considerada como la prioridad de todos los esfuerzos colectivos. Ella constituye el núcleo de las nuevas identidades nacionales y goza de una amplia legitimidad, que es compartida por muy diferentes estratos sociales, partidos políticos, sectores étnicos y corrientes ideológicas. En América Latina todas las tendencias importantes del espectro político favorecen un desarrollo modernizador integral — hoy en día en el marco del proceso de globalización —, el cual debería acortar la distancia frente a los países ya altamente industrializados y, al mismo tiempo, promover la paz social mediante la incorporación pacífica de los grupos menos favorecidos a la estructura productiva y distributiva<sup>1</sup>.

Esta visión que privilegia la modernización y, sobre todo, sus aspectos materiales, conduce a una economización de lo político y lo social. En torno

a ello existe un dilatado consenso de opinión pública, que tiende a ver lo razonable exclusivamente en el incremento de los índices de producción, productividad y consumo y a considerar el llamado crecimiento cero, por ejemplo, como algo inaceptablemente negativo.

Lo cierto es que las exigencias de la población a partir de mediados del siglo XX han tomado una naturaleza tal que es imposible satisfacerlas sin un aumento constante de la esfera económica. Y este proceso de crecimiento continuo goza de una clara superioridad frente a restricciones conservacionistas y limitaciones dictadas por preceptos ecológicos. Dicho de otra manera: el desarrollo económico incesante posee hoy una fuerza normativa tan poderosa que hace inviable una concepción de ordenamiento social que se someta a consideraciones medio-ambientales, como es — muy parcialmente — la doctrina del desarrollo sustentable.

La segunda razón para poner en cuestionamiento el desarrollo sostenible tiene que ver con el núcleo mismo de esta concepción. Todas sus versiones parten del axioma de que es posible y deseable un crecimiento ad infinitum. Hasta su versión más diferenciada — la doctrina original asociada al llamado *Informe Brundtland* — estima que un curso evolutivo calificable como positivo tiene necesariamente que incluir un incremento continuo del ingreso *per capita* de la población, una expansión de la estructura productiva, un aumento de la producción agropecuaria y un mejoramiento substancial de los servicios educativos y de la seguridad social. Esta concepción teórica no es proclive a pensar en límites y limitaciones realmente serias. En la praxis la situación es similar. Aunque la euforia estrictamente industrializante ha amainado de manera perceptible en toda América Latina, se puede constatar que los procesos de modernización y urbanización conforman el núcleo de todo intento de desarrollo integral y, por consiguiente, la porción esencial de la (nueva) identidad colectiva en casi todas las llamadas sociedades periféricas.

Ahora bien, la casi totalidad de estos buenos propósitos, empezando por el de mejorar el ingreso

promedio de los habitantes de modo persistente, conlleva mayores cargas sobre el medio ambiente y presiones crecientes sobre los recursos naturales y energéticos; ya sea para asegurar el empleo pleno o para mejorar la salud, la vivienda y la educación pública, se requiere indiscutiblemente de un incremento continuado — y hasta exponencial — del conjunto de la economía del país respectivo<sup>2</sup>. El congelamiento del Producto

---

***“...una economía sostenible no requiere de expansión constante...”***

---

Interno Bruto o el crecimiento cero toman entonces el carácter de algo que es inaceptable para casi todas las corrientes político-ideológicas prevalentes hoy día en el Tercer Mundo. Como lo señaló *Herman E. Daly*, una economía genuinamente sostenible no requiere de expansión constante porque es en sí misma estable; una economía puede desarrollarse ulteriormente en base a un “mejoramiento cualitativo” y no imprescindiblemente en base a un “crecimiento cuantitativo”. Una estabilidad de este tipo no significa necesariamente estancamiento<sup>3</sup>. Pero esta opinión, que fue sustentada ya en el siglo XIX por el gran liberal *John Stuart Mill*, sólo es discutida tímidamente en círculos académicos y no tiene ninguna repercusión en la realidad cotidiana.

La tercera causa tiene que ver con la realidad de un mundo finito con recursos decrecientes y limitaciones acrecentadas constantemente, manifestadas por la capacidad cada vez más reducida de autorregeneración de los ecosistemas naturales (como es el caso dramático de los bosques tropicales), lo que sugiere la muy alta probabilidad de que todos los intentos de un desarrollo pleno y una modernización completa para las naciones del Tercer Mundo permanezcan en el terreno de lo ilusorio o conduzcan a una catástrofe ecológica universal. Todas las ideas básicas subyacentes a estos grandes proyectos históricos provienen del

acervo de la modernidad — la bondad básica de la industrialización y la urbanización, la índole no problemática del crecimiento económico incesante, la perspectiva de un progreso perenne —, y lo que ahora está en crisis es el fundamento mismo de esa modernidad, que ha mostrado ser poco crítica consigo misma y contener los elementos para la autodestrucción del género humano.

Las versiones teóricamente más sofisticadas del desarrollo sustentable siguen siendo las primeras elaboraciones programáticas de este enfoque, como el *Informe Brundtland*, la *propuesta económica de la CEPAL* y el *Llamado de la Internacional Socialista a detener la degradación ecológica*<sup>4</sup>. Todas ellas carecen de una credibilidad liminar porque los grupos que consuetudinariamente las han apoyado (planificadores de las burocracias estatales, partidos socialistas y socialdemocráticos, sindicatos e instituciones afines), han pertenecido durante largas décadas a los más fervientes partidarios del progreso material a ultranza, de la industrialización acelerada y de la modernización a toda costa y porque sus lineamientos teóricos fundamentales han exhibido hasta hace muy poco un marcado menosprecio por la temática del medio ambiente. Las alusiones al medio ambiente en estos informes son periféricos; sus apelaciones a la protección de los ecosistemas son francamente marginales y están supeditados al crecimiento económico ilimitado a nivel mundial (para que los frutos del progreso material lleguen alguna vez a todos los pueblos del planeta).

El *Informe Brundtland* afirma taxativamente que el “crecimiento económico no tiene límites fijos”<sup>5</sup> y trata la temática de la explosión demográfica con una ambigüedad digna de las organizaciones burocráticas internacionales que soslayan deliberadamente una posición crítica acerca de problemas candentes. Además, estos documentos propician un crecimiento constante de las economías de los países centrales para que hagan de “motor” con respecto al resto del mundo, sin considerar las enormes sobrecargas que todo ello significaría para los ecosistemas. La solidaridad con las generaciones futuras, que por suerte dejan entrever estas decla-

raciones, entra en contradicción con programas de desarrollo que no contemplan las limitaciones ecológicas y de recursos ya citadas, máxime si la meta normativa explícitamente pretendida para todo el mundo es un grado de bienestar básicamente similar al ya existente en los países metropolitanos y el camino hacia tal fin resulta ser el muy convencional del desenvolvimiento acelerado<sup>6</sup>. Por lo demás, estos informes bien intencionados no despliegan una estrategia clara y enérgica contra la expansión demográfica, que junto al rol depredador de toda modernización, acorta sensiblemente el horizonte temporal dentro del cual se podría aún formular algún designio viable para salvar los ecosistemas en peligro.

Las teorías del desarrollo sostenible retoman la vieja pretensión de crear más riqueza social sin vulnerar seriamente los recursos naturales. El desarrollo sustentable a gran escala erosiona, sin embargo, tanto las riquezas renovables como los bienes de fondo de índole finita e inelástica; de ahí que resulta una falacia la opinión tan generalizada de que *primeramente* se debería forzar aun más la explotación de los recursos naturales y los procesos de modernización e industrialización, para *luego* ocuparse de la conservación de los recursos y de la protección al medio ambiente<sup>7</sup>.

Además todos estos conceptos de desarrollo sostenible se destacan por declaraciones altisonantes con respecto a los enunciados teóricos generales y simultáneamente por estrategias específicas bastante confusas — tanto más cuanto más se acercan al nivel de la praxis cotidiana, donde el consenso sobre lo que se debe proteger y lo que aun se puede depredar se diluye rápidamente<sup>8</sup>. Se trata, en el fondo, de enfoques armonicistas que presuponen ingenuamente que todos los dilemas mundiales y, por lo tanto, los problemas de desarrollo, aun los más graves, pueden ser integrados en una gran síntesis donde todo se resuelve finalmente en favor de la evolución expansiva del género humano<sup>9</sup>. No es de extrañar que en todo el mundo la teoría del desarrollo sostenible se haya convertido entre tanto en la concepción favorita de los empresarios privados y de las gran-

des organizaciones que inspiran la evolución de las finanzas internacionales.

No es superfluo el recordar que estas doctrinas armónicas, que descansan en visiones dialécticas de la historia universal, incluyen prosaicos planteamientos redistributivos bajo el rótulo de ecodesarrollo: uno de los objetivos consistiría en repartir “equitativamente” los frutos de la civilización industrial alcanzados en las naciones metropolitanas del Norte en favor de los países pobres del Tercer Mundo<sup>10</sup>. Se trata de un propósito totalmente ilusorio porque están involucradas dos clases de población de magnitud física, ritmo reproductor y pautas de comportamiento enteramente diferentes y hasta incongruentes. También es pertinente recordar que los enfoques del desarrollo sustentable no se apartan de una lógica muy convencional, signada por el antropocentrismo, las reflexiones de corto aliento histórico y la carencia de genuinas alternativas en lo referente a las metas normativas. En ellos los factores finitos, escasos e inelásticos — como los recursos naturales, los ecosistemas y, en suma, el planeta Tierra — están subordinados a procesos de dilatación con tendencia a lo ilimitado e infinito, cual son el crecimiento demográfico, el desenvolvimiento económico y el incremento del nivel de vida. De acuerdo al *common sense* lógico y a una óptica histórico-crítica, la cosa debería suceder al revés.

Por otra parte hay que observar con escepticismo las nuevas teorías que establecen un “estrecho” nexo entre la diversidad cultural de origen premoderno y la autonomía local, por un lado, y un desarrollo sustentable convencional, por otro. La esperanza de detectar una “racionalidad ambiental” y “estrategias alternativas para el desarrollo sustentable”<sup>11</sup> en modelos premodernos de producción agrícola estriba en una simple ilusión: la confusión deliberada al identificar (a) formas tradicionales de agricultura de subsistencia (generalmente estáticas) con (b) el discurso contemporáneo del desarrollo sustentable y el crecimiento incesante (con sus implicaciones altamente dinámicas). Para *Enrique Leff* la cultura indígena tradicional debe ser vista ahora como un “recurso para el desarrollo sustentable” y como “un

paradigma alternativo de sustentabilidad”<sup>12</sup>. Las tesis de Enrique Leff se inscriben en la tendencia postmodernista, tan cómoda y a la moda, de mezclar fragmentos filosóficos de *Martin Heidegger* con un renacimiento de las identidades locales premodernas que no han sido influidas por la civilización occidental: una operación donde los detalles permanecen en una loable obscuridad.

Similar es el postulado de *Victor M. Toledo*, para quien la defensa de las culturas indígenas es equivalente a la defensa de la naturaleza. Toledo ha realizado una notable investigación sobre los nexos entre aspectos étnicos y cuestiones ecológicas, pero su obra exhibe una visión romántica e idealizada de las técnicas agrícolas indígenas, que en el presente tienden a equipararse a las usanzas comerciales de toda agricultura contemporánea, dejando de lado las precauciones conservacionistas que sus antepasados practicaron en la época precolumbina<sup>13</sup>. La propuesta de una agricultura sostenible basada en los aspectos presuntamente positivos y progresistas de la “multifuncionalidad agropecuaria” latinoamericana (*Eduardo Gudynas*), reproduce designios parecidos, y, ante todo, la ilusión de combinar un desarrollo siempre creciente con una cierta protección del medio ambiente<sup>14</sup>.

Frente a la marea actual de reclamos sociales y a una democracia cada vez más frívola y vacía, una crítica radical de los decursos modernizantes podría coadyuvar a comprender los límites muy estrechos que nuestro mundo eminentemente finito impone a cualquier evolución donde está implicado un crecimiento continuo e incesante. Desde esta perspectiva se obtendría una visión más sobria y realista de los nuevos procesos de democratización en el Tercer Mundo, los cuales, como se sabe, han fomentado el surgimiento de demandas cada vez más exigentes de parte de los estratos menos favorecidos de la población, demandas, empero, que probablemente nunca podrán ser satisfechas del todo, por más justificadas que estén en los campos político, ético, y hasta religioso.

Por otra parte, hoy en día se expande en el ambiente académico (tanto en ciencias naturales como en las sociales) la concepción de que todo sistema bio-

lógico o social requiere de *límites* para poder sobrevivir y que nuestras capacidades para entender y manejar estos sistemas denotan *limitaciones* que difícilmente puedan ser superadas del todo<sup>15</sup>.

Enfoques críticos nos permitirían advertir lo complejo de una situación signada hoy día por la crisis ecológica y demográfica y, por ende, las falacias implícitas en las doctrinas del crecimiento ilimitado y del desarrollo sustentable. Grupos de los estratos altos — independientemente de su filiación teórico-ideológica — derivan aun hoy una

---

***“...los enfoques del desarrollo sustentable no se apartan de una lógica antropocéntrica...”***

---

porción de su poder del hecho de influir decisivamente sobre los procesos de decisión de políticas públicas, prometiendo altos índices de crecimiento al resto de la sociedad, lo que a menudo no es más que la posibilidad de manipular recursos humanos, financieros y naturales, presuponiendo, además, que las tres categorías configuran, en el fondo, una misma cosa.

La modernización imitativa en las sociedades periféricas ha significado un progreso muy reducido y problemático y ha conllevado, al mismo tiempo, la destrucción de sistemas de economía de subsistencia que tenían la enorme ventaja de estar bien adaptadas a medios ecológicamente precarios<sup>16</sup>. Estas economías tradicionales gozan ahora de la reputación de haber sido proclives al estancamiento, al atraso tecnológico, a la tradicionalidad socio-cultural y al conservadurismo político. Lo rescatable de ellas estriba, sin embargo, en su aguda percepción de la vulnerabilidad de su medio ambiente, en su sentido de responsabilidad con respecto al futuro de los recursos y ecosistemas naturales y en su visión ciertamente arcaica y simple, pero que ha tenido la inapreciable virtud de aprehender *conjuntamente* fragmentos de nuestra realidad, separados hoy en día por la alta especia-

lización técnico-científica, y de comprender que ella es, después de todo, una *sociedad de riesgo* por provenir inseguro. Ulrich Beck, quien acuñó este concepto, aseveró que precisamente las sociedades técnicamente más adelantadas están mucho más expuestas a imprevistos ecológicos y organizativos que los sistemas “atrasados”, constituyendo “una moderna Edad Media del peligro”<sup>17</sup>. En este contexto sería muy útil una crítica de todas las formas contemporáneas de tecnoburocracia, que pese a sus innegables éxitos en campos aislados del quehacer humano, no están en la capacidad de brindar una visión de conjunto de la temática ecológica y demográfica en conjunción con el desarrollo técnico-económico acelerado. Carlos M. Vilas llamó la atención acerca de que el énfasis en la eficacia administrativa, la imitación de estilos norteamericanos, el equipamiento informático de instituciones, la elaboración de sofisticados manuales de procedimientos, el rediseño de organigramas y otros factores de una racionalidad estrictamente instrumental — que es lo predominante en las instituciones estatales de América Latina consagradas presuntamente a la defensa del medio ambiente — no mejoran substancialmente la calidad de las políticas públicas, no contribuyen a ganar una visión amplia de la problemática y no redundan en una mejora perceptible de la calidad de la vida y del desarrollo en las sociedades latinoamericanas. “Lo que la historia y la estructura no dan, Harvard no presta”<sup>18</sup>.

La falta de una perspectiva universalista, que actualmente ya no posee relevancia socio-política, conduce a que las naciones del Tercer Mundo atribuyan una importancia muy reducida a sus problemas ecológicos, los que tienen, sin embargo — como en el caso de la devastación de los bosques tropicales —, una extensión cuantitativa y un nivel de gravedad superiores a aquellos de los países industrializados del Norte<sup>19</sup>. Los estados socialistas de las periferias no representaron una excepción a este punto: también ellos se destacaron por haber dilapidado recursos y asolado paisajes en un lapso de tiempo extremadamente breve. En pocas décadas lograron desbaratar vastos ecosistemas que tardaron eras geológicas en ser

formados, y a ello contribuyó durante el siglo XX un marxismo acrítrico consagrado a celebrar el crecimiento económico y los adelantos de la tecnología — tal como lo han hecho hasta hoy las ideologías del Occidente capitalista.

La crítica de la modernidad puede contribuir igualmente a entender que asuntos relativos a la ecología, en contraposición a la economía, poseen una inclinación a lo disfuncional, entrópico e irregular, a lo difícilmente cuantificable y a lo paradójico, y que no pueden ser ni explicados teóricamente ni tratados razonablemente en la praxis según los conceptos convencionales asociados a los juegos del poder, al principio de rendimiento y eficacia y todos los modelos conocidos de ordenamiento democrático. Tendencias críticas en el seno del marxismo han generado algunos aportes interesantes a este respecto, pero sus grandes paradigmas de orientación permanecen obligados hacia visiones convencionales del progreso perenne, de la bondad fundamental del despliegue tecnológico y del imprescindible aumento creciente del nivel de vida de todos los estratos sociales y de todos los pueblos<sup>20</sup>.

En cambio el cuestionamiento de los ideales de modernidad y progreso material nos ayudaría a comprender lo razonable de muchas concepciones promodernas, vinculadas a las tradiciones religiosas, lo que serviría también para mitigar la furia destructiva que acompaña indefectiblemente a los procesos de desarrollo y crecimiento. Hay que llamar la atención sobre las cualidades benéficas a largo plazo de algunos tabúes de origen bíblico, precisamente en el terreno de los recursos naturales y energéticos: estas prohibiciones, cuya transgresión era sancionada con toda la dureza de una fe antigua, promovían el cuidado “ecológico” de reservas territoriales, evitaban la sobre-utilización de animales y predios agrícolas, limitaban la necesaria violencia contra la naturaleza en general y preservaban áreas importantes de toda incursión técnica o militar bajo el manto de la santidad de ciertos espacios simbólicos. Hoy en día requerimos urgentemente de un tabú semejante con respecto a los bosques tropicales, para que una fuerza

ético-política, con la autoridad que antaño tenían las creencias religiosas, ayude a proteger las selvas de millones de campesinos sin tierra, de la codicia de las empresas transnacionales de la madera, y en general, de las bendiciones del progreso material, lo que, a largo plazo, redundaría en provecho de toda la humanidad.

Este argumento se manifiesta, a corto plazo, como opuesto a los intereses de extensos sectores populares en peligro de extrema marginalización, pero es un deber moral e intelectual pensar en los intereses de toda la humanidad a muy largo plazo, considerando, además, que la naturaleza no es una cantera sin derechos propios al servicio exclusivo del Hombre. Es probable, por otra parte, que el carácter finito del planeta no permita que las sociedades del Tercer Mundo obtengan el actual nivel de vida de los países altamente industrializados. Parece que muchos *standards* de consumo son de índole oligárquica<sup>21</sup> y que su popularización a escala mundial es una mera ilusión, por más que ésta se apoye en un sentido profundo de justicia social, alimentado por la ficción contemporánea de que todo tiene una solución técnica. Aquí también hace falta un espíritu crítico y hasta escéptico, que no sucumba a las seducciones democráticas y tecnológicas de la modernidad. Por todo ello se puede afirmar que las próximas décadas no verán probablemente un nuevo orden internacional emergente, sino la continuación de lo ya existente. Y ésto no presagia un futuro promisorio.

<sup>1</sup> Cf. algunas obras representativas de esta tendencia: Karl-Werner Brand (comp.), *Nachhaltige Entwicklung. Eine Herausforderung an die Soziologie* (Desarrollo sustentable. Un reto para la sociología), Opladen: Leske + Budrich 1997; Consejo Empresarial para el Desarrollo Sostenible (comp.), *Eco-eficiencia*, Santafé de Bogotá: Oveja Negra 1992; J. Barreiro et al., *Democracia y ecología. La política de la gestión ambiental*, Montevideo: Vintén / CLAES 1996; H. de Soto y S. Schmidheiny, *Las nuevas reglas del juego. Hacia un desarrollo sostenible en América Latina*, Santafé de Bogotá: FUNDES / Oveja Negra 1992

<sup>2</sup> No han perdido vigencia los excelentes ensayos de Hans-Jürgen Harborth, *Die Diskussion um dauerhafte Entwicklung (sustainable development): Basis für eine umweltorientierte Weltentwicklungspolitik?* (La discusión sobre el desarrollo sustentable: base para una política mundial de desarrollo orientada hacia el medio ambiente?), en: W. Hein (comp.),

*Umweltorientierte Entwicklungspolitik* (Política de desarrollo orientada al medio ambiente), Hamburgo: Deutsches Übersee-Institut 1991, pp. 39-51; Harborth, *Dauerhafte Entwicklung statt globaler Selbstzerstörung. Einführung in das Konzept des «Sustainable Development»* (Desarrollo duradero en lugar de autodestrucción global. Una introducción al concepto del desarrollo sostenible), Berlín: Sigma 1991

<sup>3</sup> H.E. Daly, *Wirtschaft jenseits von Wachstum* (La economía más allá del crecimiento), Salzburg/Munich: Pustet 1999, *passim*

<sup>4</sup> World Commission on Environment and Development (comp.), *Our Common Future*, Oxford/New York: Oxford U. P. 1987; Comisión Económica de las Naciones Unidas para América Latina y el Caribe, *Transformación productiva con equidad*, Nueva Sociedad (Caracas) 108, julio/agosto de 1990, pp. 38-45; Internacional Socialista, *Nueva misión para el movimiento socialista. Seguridad para el medio ambiente; supervivencia a largo plazo*, Nueva Sociedad 104, noviembre/diciembre de 1989, pp. 62-73 y 105, enero/febrero de 1990, pp. 64-79

<sup>5</sup> *Nuestro futuro común*, Madrid: Alianza 1988, p. 69.- Con el mismo contenido: *Declaración de principios sobre población y desarrollo sostenible*, La Paz: Ministerio de Desarrollo Humano / PROSEPO / UNFPA 1994

<sup>6</sup> J.M. Naredo, *La economía y su medio ambiente*, *Eknomiaz*, Revista de Economía (Bilbao), 17 abril/junio de 1990, p. 15: «[...] por simples consideraciones físicas y de espacio, la hipótesis de un crecimiento indefinido es insostenible a la luz de la lógica matemática aplicada a los conocimientos geográficos y cosmológicos actuales [...]: el crecimiento de la población y sus consumos [...], referido al conjunto de la especie humana, no podrá ser nunca un proceso sostenido a largo plazo». Cf. los ensayos críticos de E. Gudynas, *Ecología, mercado y desarrollo*, Montevideo: Vintén 1996; *Paradigmas del desarrollo latinoamericano y sus visiones de la naturaleza*, Multiversidad (Montevideo), 1995, 5: 31-61, *Ecología, desarrollo y neoliberalismo*, La Paz: CEBEM 1995

<sup>7</sup> Naredo, op. cit. (nota 6), p. 16.- Cf. también A. Sen, *Resources, Values, and Development*, Oxford: Blackwell 1984; Herman E. Daly, *Towards Some Operational Principles of Sustainable Development*, *Ecological Economics* 2 (1), abril de 1990; y la gran obra de José M. Naredo, *La economía en evolución. Historia y perspectivas de las categorías básicas del pensamiento económico*, Madrid: Siglo XXI 1987

<sup>8</sup> Como lo señaló tempranamente H.-J. Harborth, *Die Diskussion...*, op. cit. (nota 2), p. 51

<sup>9</sup> Sobre esta problemática tan compleja cf. las obras que no han perdido vigencia: Gerd Kohlhepp (comp.), *Lateinamerika. Umwelt und Gesellschaft zwischen Krise und Hoffnung* (América Latina. El medio ambiente y la sociedad entre la crisis y la esperanza), Tübingen: Geographisches Institut der Universität Tübingen 1991; Krishna B. Ghimire, *Linkages between Population, Environment and Development*, Ginebra: UNRISD 1993

<sup>10</sup> Sobre esta temática cf. J. O'Neill, *Ecology, Policy and Politics. Human Well-Being and the Natural World*, Londres: Routledge 1993; D. Pierce et al., *Sustainable Development: Economics and Environment in the Third World*, Londres 1993.

<sup>11</sup> E. Leff, *Espacio, lugar y tiempo. La reapropiación social de la naturaleza y la construcción local de la racionalidad ambiental*, Nueva Sociedad 175, septiembre/octubre 2001, p. 28 sq.

<sup>12</sup> *Ibid.*, p. 30-33; cf. también Leff, *Ecología y capital. Racionalidad ambiental, democracia participativa y desarrollo sustentable*, México: Siglo XXI y UNAM 1994; Leff, *Saber ambiental: sustentabilidad, racionalidad, complejidad, poder*, México: Siglo XXI, UNAM y PNUMA 1998

<sup>13</sup> Cf. V.M. Toledo, *Utopía y naturaleza. El nuevo movimiento ecológico de los campesinos e indígenas de América Latina*, Nueva Sociedad 122, noviembre/diciembre de 1992, pp. 72-85, *Los campesinos, la sociedad rural y la cuestión ecológica*, *Ecología Política* (Barcelona), 1: 11-18, 1992.

<sup>14</sup> E. Gudynas, *Multifuncionalidad y desarrollo agropecuario sustentable*, Nueva Sociedad 174, pp. 95-106, julio/agosto de 2001.

<sup>15</sup> Sobre esta temática cf. el compendio más completo: E.U. von Weizsäcker (comp.), *Grenzen-los? Jedes System braucht Grenzen -- aber wie durchlässig müssen diese sein?* (Sin límites? Todo sistema requiere de límites -- pero cuán porosos deben ser estos?), Berlín/Boston: Birkhäuser 1997.

<sup>16</sup> H.-J. Harborth, *Oekologiedebatte und Entwicklungstheorie* (Debate ecológico y teoría del desarrollo), en: Udo Ernst Simonis (comp.), *Entwicklungstheorie Entwicklungspraxis. Eine kritische Bilanzierung* (Teoría y praxis del desarrollo. Un balance crítico), Berlín: Duncker & Humblot 1986, p. 119

<sup>17</sup> U. Beck, *Risikogesellschaft. Auf dem Wege in eine andere Moderne* (La sociedad de riesgo. En camino a una otra modernidad), Frankfurt: Suhrkamp 1986, p. 8, 10; Ulrich Beck, *Die Erfindung des Politischen. Zu einer Theorie reflexiver Modernisierung* (La invención de lo político. Una teoría de modernización reflexiva), Frankfurt: Suhrkamp 1993, p. 24 sqq.

<sup>18</sup> C.M. Vilas, *El síndrome de Pantaleón. Política y administración en la reforma del Estado y la gestión de gobierno*, *Revista de Ciencias Sociales* (Maracaibo), 7(2), mayo-agosto de 2001, p. 192 sq.

<sup>19</sup> Para el caso mexicano cf. M. Gates, *Eco-Imperialism? Environmental Policy versus Everyday Practice in Mexico*, en: Lynne Phillips (comp.), *The Third Wave of Modernization in Latin America. Cultural Perspectives on Neoliberalism*, Wilmington: Scholarly Resources 1998, especialmente p. 156, 168 sq.; sobre el caso brasileño cf. D. Hogan y P. Vieira (comps.), *Dilemas sócioambientais e desenvolvimento sustentável*, Campinas: Ed. Univ. 1992

<sup>20</sup> Michael Löwy, *De Marx al ecosocialismo*, *Trayectorias*, *Revista de Ciencias Sociales* (Monterrey), 3 (6), mayo/agosto de 2001, pp. 86-96; Löwy, *La crítica marxista de la modernidad*, *Ecología Política* 1, 1990, p. 88.- La obra teóricamente más ambiciosa de esta corriente es la de I. Fetscher, *Überlebensbedingungen der Menschheit. Zur Dialektik des Fortschritts* (Las condiciones para la supervivencia de la humanidad. Sobre la dialéctica del progreso), Munich: Piper 1980, quien trató de demostrar que Karl Marx fue un auténtico ecologista *avant la lettre*.

<sup>21</sup> H.-J. Harborth, *Die Diskussion...*, op. cit. (nota 2), p. 45; Harborth, *Dauerhafte ...*, op. cit. (nota 2), p. 39

**D3E** publica las series Documentos de Discusión Global, el Observatorio de la Globalización y la Carta Global Latinoamericana. Todos los títulos están disponibles en forma gratuita en nuestro sitio web ([www.globalizacion.org](http://www.globalizacion.org)) Los interesados en someter artículos a las series Documentos de Discusión Global y Carta Global Latinoamericana, deben escribir a **D3E**.

**DOCUMENTOS de DISCUSIÓN GLOBAL** - Otros títulos:

- Nº 1. A favor de un tribunal internacional de arbitraje de deuda soberana, por *Oscar Ugarteche* (Perú) y *Alberto Acosta* (Ecuador)
- Nº 2. La crisis Argentina y el MERCOSUR, por *Héctor Alimonda* (Argentina) y *Ruy de Villalobos* (Argentina)
- Nº 3. La reciente crisis financiera en Argentina, Brasil y Uruguay. Análisis comparativo, por *Joachim Becker* (Alemania)

**OBSERVATORIO de la GLOBALIZACIÓN** – Otros títulos:

- Nº 1. Indicadores de libertades políticas y civiles en América Latina, por *E. Gudynas* (Marzo 2003).
- Nº 2. El Consejo de Desarrollo Económico y Social de Brasil, por *N. Ayala* (Abril 2003).
- Nº 3. Los multimillonarios de América Latina, por *E. Gudynas* y *P. Visca* (Junio 2003).

**CARTA GLOBAL LATINOAMERICANA** – Otros títulos:

- Nº 1. ¿De qué hablamos cuando hablamos de globalización? Una incursión metodológica desde América Latina. *José Guadalupe Gandarilla Salgado* [México] Febrero 2002.
- Nº 2. Ecuador: ¿un modelo para América Latina? Dos años de dolarización. *Alberto Acosta* [Ecuador] Febrero 2002.
- Nº 3. Argentina: anatomía de una crisis. *Joachim Becker* [Austria] Junio 2002.

**GOTAS GLOBALES EN EL OCEANO LOCAL** - Reporte del taller convocado por D3E con otras organizaciones amigas sobre temas globales y locales en el Foro Social Mundial (Porto Alegre, 2003). Disponible en nuestro sitio web.

---

**D3E** es una iniciativa para promover y apoyar estudios y acciones en los temas del desarrollo en América Latina, atendiendo especialmente sus aspectos económicos, sociales y ambientales. Los principales temas de interés incluyen las estrategias de desarrollo, los procesos globales, y el papel de la sociedad civil. Las actividades se nutren tanto de acciones propias de la institución, como en el apoyo y colaboración con otras organizaciones en todo el continente.

**D3E** es una iniciativa que parte de CLAES y CEUTA. **D3E** publica la serie *Carta Global Latinoamericana* con artículos clave sobre globalización, desarrollo y sociedad civil; los *Documentos de Discusión Global*; la serie *Observatorio de la Globalización* que revisa y difunde estudios e indicadores sobre los procesos globales; y el boletín electrónico *Globalización América Latina*. Además mantenemos el sitio [www.globalizacion.org](http://www.globalizacion.org) donde se pueden encontrar versiones gratuitas de todas nuestras publicaciones. El programa de globalización de **D3E** es apoyado por la Fundación Ford.

**D3E – Canelones 1164, Montevideo.**  
**Casilla de Correo 13125 Montevideo 11700, Uruguay.**  
**d3e@ internet.com.uy – [www.globalizacion.org](http://www.globalizacion.org)**



Desarrollo, Economía, Ecología, Equidad  
América Latina

---